

*Me ha gustado mucho tu último libro recién publicado en su traducción al italiano (Sendino muere, traducción de Danilo Manera, Milán, Vita e pensiero, 2015). Es el testimonio de una persona de fe contada por un hombre de fe. Te pregunto, ¿el hombre de fe y escritor Pablo d'Ors sería capaz de hacer lo mismo con una persona tan extraordinaria, pero sin fe?*

La barrera no está para mí entre creyentes y no creyentes, sino entre meditadores y no meditadores. Se ha identificado fe con creencia, pero la fe es en primera instancia confianza, y sólo después creencia. Primero yo confío en ti, por ejemplo, y luego creo en lo que me dices. Las creencias separan cuando no hay confianza previa; pero cuando hay confianza, las creencias de cada cual no separan en absoluto. Resultan totalmente indiferentes. A mí lo que me interesa es la vida. Si una persona está viva, creyente o no, me gustará participar de esa vida y, si soy capaz, contarla o escribirla. Lo que está vivo, tenga la etiqueta que tenga, es de Dios.

*La muerte en la sociedad occidental se ha convertido en un tabú, un tema del que no se puede hablar. Tal vez es por eso que inmediatamente especificas que el libro “no es una novela ni puede serlo”, sino que “fue algo así como un testimonio, lo más fidedigno posible, de su vivencia [la de Sendino] de la enfermedad”?*

Este ensayo podría haber sido en teoría una novela (había material más que de sobra para ello), pero no lo fue porque no nació de mi propia inspiración o impulso artístico, sino que fue fruto del encargo que en su lecho de muerte me hizo la doctora África Sendino. Nunca he sido capaz de escribir por encargo, esa vez lo fui. La muerte y la enfermedad son, desde luego, grandes temas. Quisiera seguir escribiendo sobre ellos en el futuro, pues es mucho lo que he vivido como capellán hospitalario que –creo– sería bueno contar. Pero no sé aun cuándo. Tengo demasiados pájaros en la cabeza. Desde que hago un par de horas de silencio al día me pasan tantas cosas y vivo tan intensamente que me parece alucinante cómo puede caber tanto en 24 horas.

*¿Qué significa para el escritor y capellán de hospital Pablo d'Ors convivir con la muerte? Y, ¿cuántas veces te has encontrado con otras figuras “sublimes” después de Sendino?*

9 años en un gran hospital de Madrid me han dejado huella, no hay duda. La muerte de los demás remite necesariamente a la propia. Quiero decir que una de las experiencias más duras durante todo este tiempo ha sido pensar y sentir que también yo me voy a morir. Todos lo pensamos y sentimos, claro, pero no, seguramente, de forma tan continua y tan vívida como si lidias con moribundos y cadáveres día a día. La tentación frente a la desgracia, como bien sabía mi admiradísima Simone Weil, es endurecerse, y eso es de hecho lo más frecuente. La mayor parte de mis compañeros capellanes y del personal sanitario en general se ha endurecido. Yo no he podido, soy demasiado sensible. Tras mis guardias de 24 horas volvía a mi casa emocionalmente destrozado. Prácticamente había que recogerme en pedacitos.

*Me ha parecido particularmente conmovedor este pasaje del capítulo I: “había acudido para ayudar a una enferma, pero era esa enferma, en cambio, quien me iba a ayudar a mí. Se trataba de la experiencia sacerdotal por excelencia, la más alta cumbre del evangelizador: los pobres nos evangelizan”. Esta frase involucra muchos de los valores básicos del cristianismo. ¿Puedes darnos tu explicación?*

Cristo dijo que quien quisiera ser discípulo tomara su propia cruz y le siguiera. No dijo que para ser discípulo había que ser bueno, comprometerse socialmente o ir mucho a misa, sino cargar la cruz. Esto significa que lo que debería distinguir a los cristianos es, precisamente, un modo especial y genuino de vivir el sufrimiento. ¿Cuál? El que tuvo el propio Cristo: sin huir de nuestras sombras, sino abrazándolas y atravesándolas, lo que sencillamente significa viviéndolas. Sólo podemos transformar lo que vivimos. El dolor sólo puede trastocarse en amor si se vive. Todo evangelizador, o al menos así ha sido en mi caso y creo que en el de la mayoría, vive las primeras décadas de su ministerio pensando que el mundo cambiará mediante el pensamiento y la acción. Sólo con el tiempo se comprende que lo que realmente cambia en profundidad es la contemplación y la pasión. Sendino lo había comprendido. Eso hacía de ella una mujer admirable y ejemplar.

*Como ya se ha dicho, tu libro es el testimonio de una vida, y tal vez, gracias a este testimonio, la figura de Sendino nunca será olvidada. La escritura es una de las formas que permiten que no se olviden tragedias colectivas, como la Shoah, o individuales, tales como la muerte de Sendino. ¿Qué valor tiene para el novelista Pablo d'Ors escribir un testimonio de la vida real?*

La frontera entre ficción y realidad es muy fina. Don Quijote, por ejemplo, está mucho más vivo y es mucho más real que muchos de esos contemporáneos nuestros que pasean sus carnes y sus huesos por las calles de nuestras ciudades. En realidad, creo que lo que nos pasa por dentro es mucho más real que lo que nos pasa por fuera; que nuestras fantasías, sueños, ilusiones, esperanzas, temores... son mucho más determinantes que nuestras obras, citas, encuentros, reuniones... La escritura busca hacer justicia literaria a la realidad. Escribir es decirle al mundo yo soy; lo hermoso del oficio de narrador es que ese yo soy lo dices encarnándote en otros, tus personajes, y demostrando de este modo que, en medio de nuestras diferencias, todos somos realmente uno.

*A partir del valor del testimonio, en el tercer capítulo, escribes: “Ignoro si Sendino aprobaría mi forma de abordar estos hechos, pero me permito dudarlo: a casi nadie agrada lo que otros escriben sobre su propia historia o personalidad. Todos quisiéramos tener no sólo la vida, sino también su interpretación; pero eso es mucho pedir. A nosotros nos toca vivir nuestras vidas, y a otros –es de ley- interpretarlas”. ¿Quieres decir que el testigo no puede ser objetivo, pero siempre refleja un punto de vista personal?*

Un artista, escritor o no, debe ser personal. Su oficio es, precisamente, el de ser personal, y cuando digo personal quiero decir subjetivo, es decir, pasar lo que va a contar por el tamiz de sí mismo. A los científicos y a los historiadores se les puede pedir objetividad; pero a los artistas hay que pedirles subjetividad, es decir, expresar lo que ven tus ojos, lo que oyen tus oídos, lo que sienten tus vísceras y tu corazón. Escribir es dar testimonio de la propia identidad. Aun hablando de otros, el escritor habla siempre de sí mismo. Rechazar una obra de un autor es rechazar al autor mismo, puesto que la identificación es muy íntima. África Sendino, como persona, tenía poco que ver conmigo. Gracias al milagro de la literatura, Sendino se ha convertido para mí en una difunta muy viva y, me atrevería decir, en algo parecido a una amiga.